

Año LXXVIII. urtea

267 · 2017



Príncipe de Viana

SEPARATA

**Ignacio Aranguren,
Premio Príncipe de Viana
de la Cultura 2016**

ALICIA EZKER CALVO

Sumario / Aurkibidea

Príncipe de Viana

Año LXXVIII · nº 267 · enero-abril 2017

LXXVIII. urtea · 267. zk. · 2017ko urtarrila-apirila

TARSICIO DE AZCONA MISCELÁNEA INÉDITA / MISZELANEA ARGITARAGABEA

Semblanza de Tarsicio de Azcona

José Ángel Echeverría 9

TEMAS GENERALES / GAI OROKORRAK

Algunos documentos esenciales sobre la reina Blanca de Navarra, esposa de Enrique IV de Castilla 15

Fray Fernando de Talavera, monje jerónimo (c. 1428-1507) 37

Isabel I de Castilla, la Católica (1451-1504). Ruta Quetzal (2004) 49

San Juan de los Reyes, de templo votivo bélico a santuario global del reinado de los Reyes Católicos 65

TEMAS NAVARROS / NAFARROAKO GAIAK

La antigua misión de Maracaibo confiada a los capuchinos de Navarra y Cantabria (1749-1820) 79

Ordenanzas de los hortelanos de la Rochapea (1572) 127

El P. Tomás de Burgui y la representación del Valle de Roncal a las Cortes de Navarra sobre las aduanas en 1757 145

Constituciones de la Cofradía de Mercaderes y Tratantes de Pamplona (1599) 157

FRANCISCANISMO / FRANTZISKANISMOA

El franciscanismo en Pamplona. Tres conventos franciscanos típicos 183

Medio siglo de la parroquia de Capuchinos de San Pedro de Pamplona (1952-2002) 197

TEMAS LOCALES / TOKIKO GAIAK

Azcona de Yerri 227

El Valle de Yerri 239

PREMIO PRÍNCIPE DE VIANA / VIANAKO PRINTZEA SARIA

Palabras del premiado después de recibir el galardón (Leire, 4 de junio de 2014) 253

Sumario / Aurkibidea

LOS TRABAJOS Y LOS DÍAS DEL AÑO 2016 / 2016ko LANAK ETA EGUNAK

Tesis doctorales sobre temática navarra de ciencias humanas, sociales y jurídicas, leídas en 2016	259
Actividad investigadora de los historiadores e historiadoras de la Universidad Pública de Navarra. Crónica de 2016 Zuriñe Sainz Pascual	273
Investigación y difusión del patrimonio cultural de Navarra Yolanda Cagigas Ocejo	283
Producción literaria de autores y autoras navarras Mikel Zuza Viniegra	289
2016, urte poetikoa Ángel Erro Jiménez	293
Nuevas perspectivas e inercias antiguas. 2016, panorama expositivo Celia Martín Larumbe	299
La danza en Navarra en 2016 Elisa Arteta	309
Navarra, música y la Coral de Cámara de Pamplona (ACCP) (1946-2016) Igor Saenz Abarzuza, Marcos Andrés Vierge	317
La importancia del teatro en Navarra en 2016 Fuensanta Onrubia Pascual	323
2016: un año de hitos Marta Artica Zurano	331
Etnografía, folclore y cultura tradicional David Mariezkurrena Iturmendi	345
Turismo y actividades culturales en Navarra 2016 Ainhoa Aguirre Lasa	351
Ignacio Aranguren, Premio Príncipe de Viana de la Cultura 2016 Alicia Ezker Calvo	359
Currículums	371
Analytic Summary	377
Normas para la presentación de originales / Idazlanak aurkezteko arauak / Rules for the submission of originals	385

Ignacio Aranguren, Premio Príncipe de Viana de la Cultura 2016

Alicia EZKER CALVO

Periodista y gestora cultural

aliezker@gmail.com

El teatro ayuda a conocernos mejor como personas y como sociedad a través de sus reglas del juego. Cuando lo consigue, se convierte a la vez en algo muy serio y divertido.

Ignacio Aranguren

Hace ya más de un año que su nombre saltó al primer plano de la actualidad por ser el ganador del Premio Príncipe de Viana de la Cultura 2016, en una edición marcada por los cambios, tanto en el formato del premio como en el galardón que recibir, no ya dinero en metálico sino la inversión en un proyecto vinculado a su actividad cultural. A Ignacio Aranguren, hombre de teatro, le tocó inaugurar la nueva etapa y de paso se convirtió en el primer galardonado procedente de las Artes Escénicas y la Educación, por su papel como creador y director del Taller de Teatro Navarro Villoslada, al que dedicó 35 años de su vida profesional. Ahora, un año después de recibir el premio, su día a día está volcado en el libro que prepara como resultado del galardón, algo que hace en su casa en Barañáin, donde tiene el estudio de trabajo; entre múltiples interrupciones como esta entrevista, que le pilla ya algo cansado de tanto responder casi lo mismo durante meses, pero con el entusiasmo intacto por cada aventura teatral que pasa por sus manos. «Aunque suene algo cursi, decía al jubilarme que tenía ganas de una tarde de lluvia con el fuego encendido y leer hasta quedarme dormido, pero es cierto que esa tarde no la he tenido todavía». Y es que su actividad sigue entre libros, obras, amigos y proyectos. Ignacio es un hombre de pocas palabras que piensa cada una de las que dice y medita en cada respuesta, quizás porque en menos de un año le hemos sometido demasiadas veces a las mismas preguntas, y trata siempre de darnos

nuevas respuestas, como el actor que cambia cada día en escena aunque interprete a un mismo personaje.

Eso sí, el principio sigue fielmente el guion, el conocer cuándo y cómo Aranguren cruzó esa línea de la que no ha vuelto y por la que entró en el mundo del teatro. Una línea, dice, con bastante poco *glamour*: «Al comienzo de mi interés por el teatro se cruzó por medio una enfermedad. En el bachillerato estuve una temporada escayolado y por lo tanto exento temporal de gimnasia, aunque me hacían ir a clase. Así, mientras los demás nadaban en Goroabe o corrían con la pantaloneta de algodón por el Ruiz de Alda, este pobre tullido entretenía su soledad en el graderío leyendo a Casona, que era para mí como Shakespeare, pero mucho más facilito. Así, del teatro leído pasé pronto al teatro representado. Me hice tramoyista y con eso pude entrar en el Gayarre, nuestro principal *coliseo* de entonces, por la acera del Niza y sin pagar entrada. Después de ser ayudante de *atrezzo* pasé primero a actuar y luego a dirigir o a escribir. En cada momento del proceso, ya se tratara de los primeros ensayos o de representaciones rodadas, siempre me ha maravillado el milagro que permite crear casi desde la nada ese tiempo mágico en el que la mentira se va haciendo poco a poco verdad, y actores y público jugamos o nos la jugamos sin ser capaces de distinguir con claridad dónde empieza y dónde termina la verdad de la risa –o la lágrima o la idea– que nos hace más humanos».

* * *



Foto: Gobierno de Navarra.

Esta entrevista parte con una ventaja, porque en este último año hemos podido leer muchas cosas sobre su trayectoria, muchas buenas preguntas y todavía mejores respuestas por su parte, que nos han permitido conocerle mejor y adentrarnos por algunos de los caminos que han marcado su vida profesional, yo diría que por el doble e inseparable camino de la educación y el teatro. ¿Cómo se adentró en cada uno de ellos y en qué momento se fusionaron? ¿Cómo se acercó al teatro? ¿Cuándo decidió ser profesor? Educación, teatro y cultura dan la sensación de que siempre han ido juntos en Ignacio Aranguren.

Al teatro con adolescentes llegué de una manera paralela a la enseñanza, aunque nunca pensé que pudieran ser actividades tan complementarias. En Bachiller me gustaba mucho el teatro y sobre todo leer teatro. Al acabar el bachillerato, opté por estudiar filología románica con la esperanza de aprender algo más de teatro. Pero me encontré con que la poesía y la novela entonces eran importantes, pero el teatro actual no lo era en absoluto. Nunca me enseñaron autores vivos. No interesaban en aquellos años setenta. Por eso la formación me la tuve que ir buscando a base de leer por mi cuenta la revista *Primer Acto*. Al poco tiempo entré en El Lebril Blanco con Valentín Redín, aquel hombre sorprendente y renacentista con el que aprendí muchísimo. Aunque no pasé de meritorio y de desempeñar algunos papelitos ocasionales, allí aprendí algo de todos los oficios teatrales: lo mismo ayudante de dirección que iluminador con pocos focos, lo que tocara. Yo, mientras, seguía leyendo. En la Universidad de Navarra hubo algunos pequeños esbozos en los años 70 con Ignacio Amestoy, Pedro J. Ramírez y otros. Eran sobre todo alumnos de periodismo, un grupo con inquietudes pero que no tuvo continuidad. Me tuve que procurar mi propia formación porque, como digo, en los comienzos de los años 70 en Pamplona querer ser profesional del teatro empezaba por ser figurante o extra en Madrid y poco más. Años más tarde ya surgieron las escuelas de interpretación y las enseñanzas regladas. Con mis oposiciones recién aprobadas, me dediqué a la enseñanza de lengua y literatura. En el primer año de mi trabajo docente fueron mis propios alumnos quienes me propusieron montar una obra. Yo era entonces un profesor joven, soltero y al parecer con tiempo disponible. En horas extraescolares montamos un primer *Tartufo* en el año 1978 y salió tan apañado que nos pidieron actuar para alumnados de otros centros. La experiencia fue muy rica para mí y para los alumnos. A partir de ahí, creé el Taller de Teatro del Instituto Navarro Villoslada, que ha durado 35 años, toda mi trayectoria como docente aunque la haya compaginado con otros proyectos. Hasta el nombre me lo inventé yo, porque fue un proyecto muy personal, tanto en la selección de los textos como la forma de trabajarlos.

Una vez ya jubilado, muchos profesores que colaboraban conmigo me pidieron continuar con la experiencia ya fuera del instituto, y así nació *Jóvenes Espectadores de Navarra*, un proyecto que programa talleres y sesiones de encuentro en las mañanas de algunos sábados. El profesorado responde muy bien, con mucha complicidad, por lo que con el apoyo de la Fundación Municipal Teatro Gayarre y el Departamento de Educación ya hemos empezado a traer especialistas de fuera de Navarra. En este momento no me interesa tanto hacer teatro con alumnos como formar grupos de trabajo de profesores que puedan trabajar con sus alumnos el teatro y la educación entendidos en un sentido muy amplio. No se trata solo de montar obras de teatro sino de que la dramatización se pueda utilizar como herramienta en muchos momentos de la vida escolar, en

otras asignaturas. Por ejemplo, en tutoría, para analizar un conflicto escenificándolo, en literatura, en el aprendizaje de habilidades sociales... Ahora estoy organizando mi biblioteca y los papeles que siempre me han invadido, haciendo propuestas a otros colegas más jóvenes, y en cuanto puedo huir de lo inmediato trato de escribir ese libro que va a ser el proyecto apoyado por el Premio Príncipe de Viana 2016. Lo cierto es que se está demorando su publicación, aunque espero que salga para el otoño de 2017. Para esas fechas también se presentará la página www.ttnv35, que difunde cuanto se hizo a través de cuantos lo hicimos en estas tres décadas y media.

No sé si recuerda su primer día en el instituto, aunque seguro que sí. Y el primero al frente del grupo de teatro a finales de los años 70. Supongo que cuando llegó al instituto y planteó el teatro como elemento educativo no todos le entendieron, incluso algunos pensarían que se estaba escaqueando de dar clases. ¿Cómo fue el proceso?

Me acuerdo perfectamente. Tuvimos la suerte en Ermitagaña de que había un salón de actos muy bueno aunque muy poco utilizado en el día a día. En él empezamos a trabajar. Era voluntario para los alumnos y fueron ellos los que me lo pidieron. Si lo pienso ahora y entro en detalles, aquello tuvo algo que ver con el destino. No he contado antes que en el estreno como docente en aquel curso de COU al que daba literatura estaban las hijas de varios actores de El Lebril Blanco, y para cuando yo llegué ya me conocían. Empezamos como actividad extraescolar, con trajes prestados y con mucha ilusión. Creo que entonces les aporté la idea de que en el instituto se viera el teatro no como literatura sino como teatro representado. Aquel mi primer grupo fue maravilloso. Muy entregado, con mucha curiosidad intelectual y muy inteligente. Lo cierto es que nuestros aprendizajes fueron mutuos y paralelos. El curso siguiente los nuevos alumnos de COU me pidieron lo mismo. Y así sucesivamente. Yo me propuse renovar el taller en su totalidad cada nuevo curso, porque era la manera de ir sumando alumnos. Por eso los componentes de cada curso han dejado su impronta de formas de ser, sus maneras de afrontar el trabajo en grupo, sus ánimos y sus desánimos.

Es inevitable preguntarle si se considera pionero de la incorporación del teatro a la educación.

Al menos en Navarra y en aquellos años, sí. Lo que había entonces eran las comedias de colegio. Ahora los profesores ya tienen acceso a la formación; antes nos la teníamos que buscar, y además intentar convencer a la comunidad educativa de que éramos profesionales serios y vocacionales tanto en el aula como en el escenario.

Ha estado 35 años al frente del Taller de Teatro del IES Navarro Villoslada y en otros proyectos educativos. Antes de hablar de lo que ha supuesto para miles de alumnos y alumnas esta experiencia y de recordar un poco algunas anécdotas, me gustaría preguntarle si considera que la unión entre la cultura y la educación es fundamental para el desarrollo de la persona.

Cuando empecé, el teatro era solo algo extraescolar y lúdico; definiciones que me han dolido siempre porque lo lúdico, el juego como fuente de aprendizaje, es esencial

y es algo muy serio pero a veces se tiende a utilizar el concepto con cierto tono desvalorizador. Con el paso del tiempo ya se ha visto que el teatro sirve para algo más que para la fiesta de fin de trimestre. El teatro ayuda a conocernos mejor como personas y como sociedad a través de sus reglas de juego. Cuando lo consigue, se convierte a la vez en algo muy serio y divertido. ¿Qué más quiere un educador? Es casi un tópico pero es verdad que el teatro ayuda, por ejemplo, a la hora de hablar en público, ante un examen. Es cierto, pero el teatro es también la educación de las emociones, porque el teatro sin emociones no es nada.

Otro tópico que se dice mucho y a mí no me gusta es que el teatro escolar sirve para formar espectadores del mañana. Yo creo que sirve para formar a los espectadores de hoy. Lo que creo que aportaba yo con mucho placer y algún riesgo era un acceso vivencial a la cultura; con el pretexto de que el personaje tiene que estar vivo, hay que entenderle aunque sus razones estén lejos de las tuyas como persona. Eso llevado al mundo real es «me tengo que entender con otras personas con las que no tengo nada que ver». Desde el teatro el alumno aprende desde lo que es, porque en las asignaturas suele aprender desde lo que sabe. En el escenario además del personaje nos mostramos nosotros.

Por otro lado, y es otro aspecto importante, resulta imprescindible que los alumnos tengan capacidad de autoevaluación, porque en la adolescencia puede ser peligrosa la asociación inmediata entre el teatro y el aplauso. Adolescencia, teatro y aplauso forman un taburete inestable que hay que nivelar muy bien para que primero se valore el aplauso de uno mismo y después el de fuera. Cuando dábamos una función siempre nos quedábamos en el salón de actos para que los alumnos hablaran de cómo se habían visto, porque no siempre el público ve lo mismo que los actores. Hay que desvincular el aplauso ajeno automático de la acción para que el adolescente vaya teniendo criterio. Yo siempre he dicho que no hay mentira más peligrosa y ruidosa que el aplauso ajeno. El teatro escolar también tiene su lado negativo y que hay que afrontar, porque hay que tener cuidado con asociarlo demasiado con el triunfo; hay que trabajar también la humildad y hay riesgos de exhibicionismo.

¿Qué ha sido más duro: enseñar y educar o dirigir? ¿O trataba de que fuera todo en uno?

En mi caso iba todo junto. Se trabajaba de manera integral. Era enseñar desde el teatro.

En su discurso del Premio dijo cosas muy bonitas sobre la docencia. Yo me quedo con su reflexión sobre que «los profesores, desde la soledad de nuestra tarima, somos parecidos a un naufrago que envía una y otra vez a otros naufragos adolescentes botellas al mar con mensajes siempre plurales, pero siempre llenos de preguntas, de ánimos y de propuestas de auxilio. Tú esperas que algún día el mar también te hará llegar para ti las respuestas de otros naufragos. Educar es lanzar, incansable, botellas al mar». Bonita metáfora. Lanzar preguntas buscando respuestas o simplemente tratando de encontrar nuevos caminos. ¿Han vuelto esas botellas?

Muchas. He tenido el privilegio de que me han vuelto cientos de esas botellas y me vuelven todavía. Me volvieron por ejemplo cuando hice un acto de despedida en el Instituto y

vinieron antiguos alumnos desde Madrid, Barcelona... Me dijeron cosas muy emocionantes que me guardo para mí sobre lo que les había aportado el teatro para su vida. Educación, teatro y cultura son maneras de llamar a un mismo proceso. El teatro como síntesis humana porque entra todo, lo que somos, lo que sabemos..., como en ninguna de las otras artes con las que de paso siempre se relaciona. El telón es una puerta que se abre a una sala llena de otras puertas; siempre hay puertas para descubrir mundos posibles más humanos.

También dijo que para usted el escenario, más que el aula, le ha permitido seguir lanzando a los adolescentes muchas botellas para comunicarse. Miles de botellas. Ha conseguido comunicarse con generaciones muy diferentes de adolescentes, en esa edad tan difícil. ¿Cómo lo ha conseguido?

Eso es verdad, hay que saber adaptarse. Si comparo a mis alumnos del comienzo con los chavales de ahora lo primero que observo en los actuales es una mayor desinhibición emotiva, menos miedo a expresar sus emociones, más audacia comunicativa y mucha más información, digerida o sin digerir. Los del 78 eran más tímidos, tenían más pudor para demostrar las emociones, conocimientos más asentados con un papel positivo de la memoria... Si yo hace treinta años planteo a los alumnos una obra en la que digo que toca cantar y bailar... se borran del taller. En cambio ahora les dices que vamos a hacer un musical en el que tendrán que actuar, cantar, bailar... y todos dicen: «qué guay». Pero en el fondo en muchos aspectos los de antes y los de ahora no son tan diferentes, solo que ahora todo es más rápido.

Le ha tocado trabajar con las nuevas generaciones más tecnológicas, más ligadas al audiovisual que a las artes escénicas. ¿Cree que hay demasiada pantalla y poca interacción?

De alguna manera en nuestra generación nos secuestró la imaginación Walt Disney. Todo era según esas imágenes: Blancanieves tiene que llevar siempre un vestido azul y amarillo. Ahora, de manera más difusa, a los jóvenes se les puede secuestrar la imaginación con la inmediatez de las nuevas tecnologías. Los nuevos medios imponen códigos para expresarnos con ritmos vertiginosos y creo que se puede acabar perdiendo ilusión, sosiego y riqueza imaginativa.

En 35 años ha formado a más de 1000 alumnos. No han sido pocos los alumnos o discípulos suyos que se han dedicado al teatro. ¿Puede citar algunos? ¿A ellos qué les recomendaba? No solía ser la de actor una de las profesiones de mayor aceptación por parte de las familias, al menos en otras épocas, se decía algo así como «actúa por diversión pero búscate una profesión».

Siempre les decía lo mismo: «Lo primero que tiene que ser un actor o una actriz es alguien culto. No tengas prisa porque en el teatro hay personajes para todas las edades. Tú, primero, fórmate». Lo he repetido con frecuencia porque han sido muchos los que se dedican al teatro profesional. Fuera de aquí citaré a Alfredo Sanzol, al que tengo muy presente con sus premios Max y que también era candidato al Príncipe de Viana 2016; Natalia Huarte, en la Compañía Nacional de Teatro Clásico; Joseba Pinela, Alex Larumbe, Rodrigo Sáez de Heredia y Xabi Olza, en Madrid; en Barcelona está Asier

Iturriaga... Podría seguir haciendo memoria con más nombres de actores y actrices que viven fuera de Navarra. En Pamplona hay también muchos, muchísimos que luego se han dedicado a la interpretación o a los diferentes oficios teatrales: la Compañía ILUNA, profesorado de la ENT... Lamento las omisiones. Por cierto, ¿sabías que la Consejera actual de Cultura, Ana Herrera, fue también alumna de mi Taller de Teatro?

¿Y entre sus maestros?

Decisiva fue la influencia de Valentín Redín con *El Lebril Blanco* en los años 70. También aprendí mucho de José Carlos Plaza, Miguel Narros, William Layton y los que venían a dar cursos de verano en los Festivales de Navarra.

Toda una vida dedicada al teatro. Director, utillero, taquillero, espectador, profesor, tutor, confidente de adolescentes, escritor, director. ¿Cómo se llega a todo en uno? ¿Qué hubiera sido de Ignacio Aranguren sin el teatro?

Es verdad, porque, además de crear y dirigir el Taller de Teatro Navarro Villoslada durante tanto tiempo, he dado muchos talleres de formación dentro y fuera de Navarra, he escrito algún libro de teatro, textos teatrales, textos pedagógicos, he investigado, y en general toda mi actividad ha estado volcada en la escena. Mi profesión, o si se prefiere mi vocación, ha sido muy exigente conmigo pero también muy generosa. He tenido la inmensa fortuna de contar con una familia que me aguanta y me apoya. Sinceramente no sé qué hubiera sido de mí sin el teatro.

Usted ha dicho que en la clase es donde el profesor muestra el currículum oculto; cuando lo que enseña no es una asignatura sino maneras de afrontar una ilusión o una decepción. Me parece una valiosa afirmación.

Creo que es un aspecto fundamental en todo proceso educativo. El currículum oculto es lo que el profesor enseña cuando no se plantea enseñar nada, y eso sucede desde que se pone el pie en el aula, con su estado de ánimo, su manera de ser y de estar. Los alumnos no aprenden solo cuando se les explica algo, aprenden en su relación diaria con el profesor, con situaciones aparentemente triviales que sin embargo se les quedan marcadas, aunque tal vez uno no ha sido consciente del todo de lo que les estaba diciendo. Haciendo teatro esta experiencia es continua porque trabajamos de manera sutil con ideas, sentimientos y emociones de los personajes y de las personas.

¿Qué valores aporta el teatro o la cultura en general a la formación educativa?

La educación como la cultura comparten un mismo territorio. Para mí, cultura y educación solo buscan que seamos capaces de entendernos mejor, primero a nosotros mismos, como personas y como sociedad, para después entender mejor el mundo que nos rodea. Y la educación y la cultura, por fuerza, necesitan encontrarse sobre un escenario.

Es inevitable hablar de cómo trata la política a la educación y las reformas sucesivas, sobre todo el escaso papel que dejan a las asignatura humanísticas. Cito textualmen-

te una frase suya: «Siempre he vivido fronterizo entre el teatro y la educación. Yo he sobrevivido a galernas, tornados y no pocas marejadas. Soy superviviente de *Logses*, *Loes*, *Lomces* y otras muchas siglas, tal vez demasiadas, de cuyo nombre hoy no quiero acordarme». Está claro que hay un cierto desconcierto en este momento. ¿Hacia dónde cree que vamos? ¿Cree que las artes escénicas y la cultura en general gozan de buena salud, han estado mejor, o podemos todavía estar peor?

Cuando me preguntan esto siempre digo que a la educación actual le sobran preposiciones. Quiero decir que el profesor que llega al aula tiene que enseñar lengua y literatura y al mismo tiempo educar para, sobre, contra, por, ante, desde, sin... y todo eso hay que hacerlo en tres horas a la semana sin olvidar la materia de la que se examinan sus alumnos. Para mí de todas las preposiciones la más importante es la que no está: *en*, educar *en silencio*. Existe demasiado *ruido* en el mundo educativo. Hoy todo recae en la escuela y a veces eso resulta agobiante. Con las reformas educativas hemos pasado muchas horas preparando materiales didácticos que quedaron desfasados casi sin llegar a utilizarse. Al final es comprensible el desánimo entre los docentes ante tanto esfuerzo baldío. La responsabilidad no puede recaer solo en el centro educativo, la vida es la escuela también, como lo es la familia, la sociedad, el entorno. Siempre utilizo un refrán que creo que resume lo que quiero decir: «Lo que en la leche se mama en la mortaja se derrama». Esa es para mí la gran verdad educativa.

Y en cuanto a la cultura en Navarra, a nuestra salud teatral: ¿cómo estamos? Entre recorte y recorte hemos vivido con la sensación de que la formación cultural no interesa demasiado, no solo a los políticos sino a la gente en general.

Quienes dicen que en Pamplona nunca hay nada siguen utilizando la excusa del vago. Creo que estamos en un momento importante en cuanto a infraestructuras y profesionales, con el auge del teatro profesional y *amateur*, con el nivel de los públicos, pero todavía queda mucho por hacer. Los recortes han hecho mucho daño al teatro, como a otras artes. Para algunos todavía la cultura se confunde con el ocio y la pura evasión. En aspectos básicos seguimos todavía en precario. No obstante creo que es un momento prometedor, con muchas líneas de trabajo abiertas muy interesantes.

«Un pueblo que no ayuda o fomenta su teatro, si no está muerto, está moribundo; como el teatro que no recoge el latido social, el latido histórico, el drama de sus gentes y el color genuino de su paisaje y de su espíritu, con risa o con lágrimas, no tiene derecho a llamarse teatro, sino sitio para hacer esa cosa terrible que se llama matar el tiempo». Lo dijo García Lorca y lo repitió usted en la entrega del premio.

Sí y desde luego que lo pienso. Existe la idea todavía de que los artistas disfrutaran con lo que hacen y no hay que pagarles para que puedan vivir de ello. Eso es muy duro para quien quiere dedicarse al teatro. El teatro es arte y exige creer en él, apostar para que realmente pueda ser teatro. La cultura es un reflejo de lo que somos. Antes he sido optimista, quiero serlo, pero reconozco que sigue siendo difícil vivir del teatro en Navarra y fuera de ella: algo heroico, repito. Vemos en cada momento electoral la escasa presencia que tiene la cultura en los programas y debates políticos en todo el Estado. No está entre sus

prioridades, la formación cultural no interesa mucho a los políticos en general, no creen en la cultura como una vía para enriquecer un país y a sus ciudadanos. Se cree más en los *eventos*, una palabra que me horroriza porque bajo ese paraguas se vende de todo.

¿Cómo valora que hayan tenido que pasar más de 25 años para que se premie por primera vez a alguien del teatro? ¿Tiene que ver con la consideración que de este arte se tiene, ya que históricamente se tiende a considerar el teatro como un arte menor, algo superficial, respecto a las otras artes que comparten escenarios?

Ha existido desde hace siglos un divorcio admitido culturalmente entre las artes escénicas y la universidad. Pero por fortuna ya se va solucionando y en no pocos casos ya se ha solucionado o estamos en un momento de intenso diálogo. Quiero decir que algunas universidades, cuando se han acercado al hecho teatral, han preferido ignorar que el teatro es algo que se re-presenta, y lo han visto con desconfianza, como si el escenario fuera un lugar para la profanación de la cultura por parte de esos indeseables comediantes tan muertos de hambre como de llenos de ignorancia. Hoy en día eso ya se ha roto y las universidades ya no entierran a los cómicos fuera de sus sagrados y bien acotados a pie de página «espacios culturales».

Ha pasado más de un año desde que recibió el Premio Príncipe de Viana 2016. Reposado ya ese momento, ¿cómo ha vivido este reconocimiento? ¿Qué poso le deja el galardón a nivel personal y profesional? ¿Es un buen estímulo para el estreno de su jubilación?

Lo he vivido como un estímulo para no jubilarme y para no querer darme por amortizado. En un principio me sentí recompensado cuando los compañeros de otro centro educativo en el que nunca trabajé –el IES Plaza de la Cruz–, de Pamplona, impulsaron casi a traición mi candidatura. En su momento ese reconocimiento lo viví con sorpresa e incredulidad, también con gratitud. Después con la responsabilidad de pensar que el premio Príncipe de Viana de la Cultura 2016 se le había dado a través de mí a la educación y al teatro.

Su proyecto más inmediato es la publicación del libro *El actor adolescente. Manual de urgencia para profesorado en apuros*. ¿Un libro para «ayudar al profesor que quiera utilizar el teatro como herramienta didáctica». ¿Puede adelantarnos algo más?

Es un libro para los docentes, si se quiere una especie de parodia de un manual de autoayuda para afrontar determinadas situaciones. El prólogo lo he titulado de manera irónica «Pamplona es Nueva York», una manera de decir que lo que le pasa a uno también les suele pasar a muchas compañías profesionales y a otros grupos de teatro. Las preguntas ante esas situaciones prácticas casi siempre son las mismas. No es un libro con mis memorias, en absoluto, pero tiene mucho de mi experiencia, lógicamente. Son situaciones prácticas donde se apuntan posibles soluciones. El libro tiene una estructura que arranca con una fundamentación pedagógica, luego sigue la parte ya práctica, sobre cómo formar un grupo y cómo hacer en grupo un montaje teatral, y el último apartado es la representación teatral. La idea es que el libro tenga una difusión estatal a través de la editorial Algar, que coedita la obra. La redacción está muy avanzada. A ver si puedo teminarlo...

CUESTIONARIO CORTO

- **La última obra que ha visto.** La obra que más me ha impresionado entre las últimas vistas ha sido *Incendios*, de Wajdi Mouawad.
- **El texto teatral que más le costó dirigir.** En general los textos que más me ha costado dirigir eran los que me gustaban mucho, porque cada decisión para ponerlos en escena suponía alguna renuncia.
- **Su obra de cabecera.** Tengo una debilidad especial por *Luces de bohemia*, de Valle-Inclán.
- **Un autor imprescindible.** No soy muy de autores imprescindibles, pero seguramente recordaría muchos de nombre grande o menor porque nos cruzamos en el momento preciso.
- **Actores o actrices favoritos, de dentro y fuera de su experiencia teatral.** Tampoco tengo intérpretes favoritos. Mejor dicho, tengo muchos: los grandes intérpretes de mi infancia vistos en blanco y negro en Estudio 1; los grandes secundarios todoterreno del teatro y el cine; algunos intérpretes cuyo nombre ignoro y que aparecen dando mucha verdad a su primer papel; mis actores y actrices jóvenes con los que pude compartir cada escena como un descubrimiento.
- **Lo mejor que le ha dado el teatro.** Lo mejor que me ha dado el teatro es la felicidad del instante y el compañamiento por un proceso personal interior.
- **Su peor experiencia.** Mi peor experiencia es dirigir intérpretes a los que en el fondo lo que están haciendo no les importa nada.
- **Lo que nunca repetiría.** Nunca repetiría decir sí a un proyecto cuando en realidad tenía claro decir que no.
- **Su mayor acierto.** Tal vez un acierto mío sea estar siempre abierto a la sorpresa, pero a la vez no dando una puntada sin hilo. Tal vez un defecto mío sea en ocasiones la ingenuidad.
- **Un sueño cumplido.** Un sueño cumplido en el terreno teatral fue recibir en 2011 en el escenario del Teatro María Guerrero, sede del Centro Dramático Nacional, el Premio Nacional Buero a mi trayectoria en el campo del teatro joven. Aunque en realidad yo nunca soñé ni dormido ni despierto tal momento, ni que alguna vez pisaría aquel escenario con un trabajo teatral dirigido por mí.
- **Una meta todavía por alcanzar.** ¿Una meta para alcanzar? ¡Esos textos tan manoseados de mi biblioteca! ¡Si yo tuviera todavía energía para montar alguno con actores jóvenes!
- **Un consejo a quien empieza.** Al joven que empieza le daría este consejo: «No salgas al escenario a gustar, sal a gustarte».
- **Alguna frase que le marcó.** Tendría muchas frases porque yo, como director y educador, he sido siempre muy sentencioso. Me quedo con una que creo que es mía y espero haya marcado a algunos jóvenes que han trabajado conmigo: «A veces no hay mentira más ruidosa que el aplauso ajeno».
- **Alguna anécdota que merece no olvidarse... y alguna para no recordar.** Para recordar tendría centenares de anécdotas que se fueron haciendo clásicas en mis sucesivos talleres. En cierta ocasión un alumno encargado de las luces entró en la sala y nos anunció con gran susto que la representación no podría darse porque tenía un problema serio con los genitales. Los genitales, que por lo visto no se le ilumina-

ban como es debido... Nos partimos de risa porque él quería referirse a los focos cenitales, esos focos situados de manera perpendicular sobre el actor. En el cénit . Yo creo que es ya una anécdota clásica entre los iluminadores novatos. ¿Anécdotas para no recordar? Habría también algunas vinculadas al éxito y al fracaso y a sus maldiciones hispanas, pero como en todos los gremios.

- **¿Cómo se lleva con las nuevas tecnologías? ¿Y con los idiomas?** Las tecnologías, los idiomas y yo nos cortejamos de lejos. Pero cuando quiera será hora de que nos acerquemos y nos pidamos baile.

FUENTES UTILIZADAS PARA LA ENTREVISTA

Archivo *Diario de Noticias*.

Archivo *Diario de Navarra*.

Revista TK.

Web del Taller de Teatro Navarro Villoslada.

Dossier de prensa del Premio Príncipe de Viana de la Cultura 2016.

CURRÍCULUM

Ignacio Aranguren Gallués (Pamplona, 1953) ha dedicado su vida al teatro y la docencia. Participó como actor, adaptador y ayudante de dirección en el grupo El Lebrer Blanco, con Valentín Redín, con el que se embarcó en diferentes espectáculos para el público infantil y adulto. En 1976 obtuvo el premio Antxon Elozegi para textos de teatro infantil con la obra *Los apuros de don Jeringa o Vamos a jugar al teatro*. En los años 80 asistió a cursos con José Monleón, William Layton, Miguel Narros o José Carlos Plaza, entre otros. Desde entonces, Ignacio Aranguren ha estado vinculado a algunos de los principales proyectos de teatro navarro, sobre todo el teatro relacionado con la educación, ya sea como asesor en el Centro de Apoyo al Profesorado de Pamplona, como impulsor de la Escuela Navarra de Teatro, o como coordinador y componente del equipo redactor del currículo de la asignatura de Dramatización para la ESO de Navarra. Ha sido asesor del Aula de Teatro de la Universidad Pública de Navarra, y en la actualidad colabora en diferentes proyectos de artes escénicas de la Fundación Municipal Teatro Gayarre y del Departamento de Educación del Gobierno de Navarra.

En 1978 creó y dirigió durante tres décadas y media el Taller de Teatro en el IES Navarro Villoslada, en el barrio de Ermitagaña de Pamplona, sin duda su faceta más conocida. Por él han pasado 35 promociones, más de mil actores adolescentes, y ha llevado a cabo ochocientas representaciones. En 2013, en el momento de su jubilación, su Taller de Teatro realizaba 25 actuaciones para unos 8000 espectadores jóvenes y adultos de toda Navarra.

En la actualidad, ya jubilado, sigue participando como miembro de las comisiones de valoración de proyectos teatrales promovidos por el Ayuntamiento de Pamplona y el Gobierno de Navarra. En 2014 ha creado e impulsado el proyecto «Jóvenes espectadores de Navarra», en el que participan decenas de docentes interesados en su formación teatral y en la de sus alumnados. Ha sido reconocido a nivel nacional y cuenta con numerosos galardones.

Además de las publicaciones sobre sus proyectos dentro y fuera del Taller de Teatro, Ignacio Aranguren ha obtenido numerosos premios:

- Premio Nacional de Innovación Educativa «Francisco Giner de los Ríos» 1989.
- Premio MEC Talleres de Expresión Artística en centros de enseñanza media y superior 1989.
- Premio Experiencias Educativas Innovadoras del Departamento de Educación del Gobierno de Navarra 2006 y 2007.
- Premio Nacional Buero a la mejor dirección 2006.
- Premio Nacional Buero a su larga trayectoria de estímulo al teatro joven 2011.
- Premio Príncipe de Viana de la Cultura 2016, otorgado por el Gobierno de Navarra.